

IGLESIA EN MARCHA

ARZOBISPADO de SANTIAGO de CUBA

Marzo 1997

Boletín N° 66

**SU
SUFRIMIENTO**

dio sentido

a nuestro

DOLOR

Ofertorio

El Juicio

La PAZ nuestra

Soy la Resurrección

SEMILLA SANTA

SUMARIO

Marzo, 1997

Boletín N° 66

- 2 Gente "a rayas"
- 3 LA VOZ DEL PASTOR
Del Sufrimiento
- 4 SEMANA SANTA
- 5 RAZONES PARA LA ALEGRÍA
La paz nuestra de cada día.
- 6 EL PENSAMIENTO SOCIAL
DE LA IGLESIA
El Juicio
- 8 HISTORIA DE NUESTRA
IGLESIA
Cisma de Oriente.
- 10 PROTAGONISTAS
DE LA HISTORIA
Fidelidad a toda prueba
- 14 OPINIÓN
Al margen de mis lecturas
- 15 EL PADRE FÉLIX VARELA:
UN SANTO: III
- 16 LA SANTA MISA
El Ofertorio
- 17 JESUS, ¿QUIÉN ERES TÚ?
"Soy la resurrección y la vida"
- 18 HACIENDO PATRIA
Tiempo de recoger.
- 19 LA IGLESIA ES NOTICIA

GENTE "A RAYAS"

Por lo general dividimos a las personas en dos categorías: la de los santos y la de los pecadores. Pero se trata de una división absolutamente imaginaria. Por una parte, nadie sabe realmente quiénes son los santos y quiénes los pecadores; las apariencias engañan. Por otra, todos nosotros, santos y pecadores, somos pecadores.



En cierta ocasión, un predicador preguntó a un grupo de niños: "Si todas las buenas personas fueran blancas y todas las malas personas fueran negras, ¿de qué color serían ustedes?"

La pequeña Mary Jane respondió: "Yo, reverendo, tendría la piel a rayas".

Y así tendría también la piel el Reverendo, y los Mahatmas, y los Papas, y los santos canonizados.

Un hombre buscaba una buena iglesia a la que asistir, y sucedió que un día entró en una Iglesia en la que toda la gente, y el propio sacerdote, estaban leyendo el libro de oraciones y decían: "Hemos dejado de hacer cosas que deberíamos haber hecho, y hemos hecho cosas que deberíamos haber dejado de hacer".

El hombre se sentó con verdadero alivio en un banco y, tras suspirar profundamente, se dijo a sí mismo: "¡Gracias a Dios, al fin he encontrado a los míos!".

Los intentos de nuestras santas gentes por ocultar su piel rayada muchas veces no tienen éxito y siempre son fraudulentos.



DEL SUFRIMIENTO

Siento que en estos últimos tiempos el dolor está creciendo entre nosotros. Cada vez son más los que sufren, y su dolor es más punzante si cabe que en tiempos pretéritos, porque aparentemente es "un sufrimiento sin salida", sin sentido.

Cada vez son más los rostros cubanos desfigurados por la angustia -también por el hambre- desilusionados por promesas sistemáticamente incumplidas, humillados de mil maneras por el desprecio a su inteligencia, a su propia cultura; rostros angustiados de ancianos y enfermos, rostros de mujeres ofendidas, rostros cansados de personas que no encuentran trabajo ni digna acogida... (*Vita Consecrata*, 75).

Y el dolor no es un espectáculo. Ningún dolor humano y de cualquier género que sea. Por eso nadie se puede quedar impasible ante el dolor propio o ajeno -y menos nosotros- contemplándolo desde fuera, y limitándonos después a aplaudir o a silbar, como en los espectáculos se acostumbra.



¿Qué hacer ante el propio dolor, o ante el sufrimiento de los otros?

Desde muy joven y hasta estos últimos días, Juan Pablo II sabe muy bien lo que es el sufrimiento. Lo ha vivido personalmente y en formas muy diversas: falta de libertad, duro trabajo, agresiones violentas, enfermedad... Por eso, cuando habla del dolor lo hace desde su propia experiencia, por eso sus palabras más que

conceptos son bálsamo que ayuda a cerrar las heridas.

En primer lugar nos asegura que -sorprendentemente- el dolor es fecundo, que puede engendrar vida:

"Únicamente la cruz de Cristo puede iluminar nuestra débil inteligencia y hacer entrever el significado profundo de la humana y cristiana fecundidad del dolor" (1981).

De hecho sabemos que Cristo se acercó al sufrimiento de los hombres. Curó las enfermedades y ofreció el consuelo a los afligidos. Después, El mismo aceptó la cruz, se convirtió en "varón de dolores" para que nosotros pudiéramos encontrar caminos de vida, que son los de la salvación. Por eso, de alguna manera se puede decir que el sufrimiento ayuda a romper cadenas y facilita el encuentro con Dios, que nos sirve para poder ver a Dios cara a cara. Y me temo que esta conclusión no proporcione el consuelo que muchos esperaban, sin embargo, es la respuesta cristiana.

Comprendo que al que está rebotando salud le resulta fácil decir palabras de resignación para el enfermo, y que sólo quien ha sufrido en su propia carne la enfermedad sabe que hay un vacío que no lograrán nunca llenar las amables intenciones de los bien intencionados. Sin embargo, Cristo, que llevó el sufrimiento en sí mismo, es quien nos dice: ¡Carguen con la cruz! Sólomente de esa manera, con la gracia y la fuerza del amor, puede superarse el mal, que es el verdadero agobio del sufrimiento. En la medida en que el hombre toma su cruz y se une a Cristo, se revela ante él el sentido del sufrimiento. Y se abre a la vida.

Hay otra dimensión en el dolor a la que se refiere el Papa: Se trata de la relación íntima que existe entre **amor** y **dolor**.

De hecho nadie puede ilusionarse con amar de verdad hasta que no haya sufrido por aquél a quien ama. La razón de que el dolor y el amor vayan tan inseparablemente unidos quizás sea que es el amor el que nos hace fecundos. Y no hay fecundidad que no entrañe dolor. Ni la madre es fecunda sin desgarramiento, ni la tierra da su fruto sin sentir la reja del arado penetrando en sus entrañas.

Muchas veces me he preguntado qué puedo hacer con el dolor de tantos que se acercan a mí esperando una dosis de consuelo. Debo confesarles que nunca me ha resultado fácil encontrar palabras adecuadas para mitigar el dolor de otros, pero comprendo que *"El amor es más importante que el sufrimiento: el amor da sentido y hace aceptable el sufrimiento. Puede haber amor sin sufrimiento. Pero el sufrimiento sin el amor no tiene significado; con el amor -aceptado como lo aceptó Cristo,*

como lo aceptaron los santos-, el sufrimiento adquiere un valor inestimable" (Juan Pablo II a los enfermos de Turin. 1988). Sí, creo que la única respuesta al dolor ajeno -y al de uno mismo- es el amor. El cristiano que, cuando llega la prueba del dolor, vuelve la espalda, puede estar seguro de que lo suyo ha sido una caricatura, nunca un amor.

Además, sabemos, que lo malo para muchos no es sufrir, sino sufrir en soledad, porque el dolor ha de ser compartido para que deje un poco de serlo. Y compartir significa llevar entre dos la carga, por eso me llenan de consuelo estas palabras del Papa: *"El sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo... Las palabras de Cristo sobre el juicio final permiten comprender esto con toda sencillez y claridad... Cristo dice: a mí me lo hicieron; El mismo es el que recibe ayuda cuando esto se hace a cada uno que sufre sin excepción. Cristo al mismo tiempo ha enseñado al hombre a hacer el bien con el sufrimiento y hacer bien a quien sufre"* (SD 30).

Hay una tercera dimensión de la que también habla Juan Pablo II: Entrar en el reino de Dios que anuncia Jesucristo supone la aceptación del sufrimiento y la cruz. El Señor no se recataba en decirlo una y otra vez y en formas muy diferentes. *"Cuántos participan en los sufrimientos de Cristo se hacen dignos de este reino... Cristo nos ha introducido en este reino mediante su sufrimiento. Y también mediante el sufrimiento maduran para el mismo reino los hombres"* (SD 21)

Hermandades y amigos: Con el dolor hay que contar. Está en la vida y, por si fuera poco, en cada recodo del camino. Lo importante para nosotros es descubrir sus dimensiones liberadoras, descubrir que no es inútil. La fe nos lleva a aceptar este misterio.

Que Dios nos ayude-a ustedes y a mí- para que podamos decir con S. Pablo: Estoy lleno de consuelo y sobrecumplido de gozo en todas mis tribulaciones (2ª Cor. 7,4).

+ PEDRO, Arzobispo
de Santiago de Cuba



No está el mundo acostumbrado a que un hombre entregue su vida en favor de los demás.

A lo que sí estamos acostumbrados es a que unos hombres quiten la vida a otros. No se trata sólo de que recordemos los homicidios, en los que se repite el drama de Caín y Abel. Hay muchas formas de que los hombres arrebatan violentamente la vida a sus semejantes. La humanidad se ha habituado a las guerras, al hambre, a las torturas, a las opresiones, a la explotación sin tregua. Pueblos enteros están privados de libertad, otros son exterminados. Los hombres llevamos las manos manchadas de sangre; hay una sed insaciable de sofocar la vida de los demás.

Pero también hay hombres buenos en el mundo. Son pocos, pero pesan en la balanza más que todos los que viven del odio y simbran la muerte. No pocos hombres viven preocupados por el bien de todos, exponen su vida por los demás y hasta llegan a perderla. Hay hombres que se despojan, que son capaces de vivir en solidaridad, que cargan con todas las vejaciones de los oprimidos hasta perder ante la sociedad el trabajo, la libertad, el poder llevar una vida normal

"Demos gracias al grano de trigo, que aceptó la muerte para dar fruto.

Demos gracias al Hijo unigénito de Dios y a nuestro Salvador Jesucristo, que no desdeñó padecer nuestra muerte para hacernos participar de su vida".

(S. Agustín).

La paz nuestra de cada día



Mi amigo Pepín Cóleras es un antimilitarista furibundo. Vive, desde hace algunos años, obsesionado por el tema de la guerra. Se sabe de memoria el número de cabezas atómicas que tiene cada uno de los posibles contendientes, la instalación de los misiles, la capacidad de sus portaaviones y bombarderos, la cifra de posibles megatones que podrían hacer estallar.

Pero Pepín no se contenta con conocer las cosas: las pone en acción. No hay manifestación antibelicista o ecologista en la que no tome parte. Es experto en pancartas, en *slogans*, en canciones pacifistas. No fue objetor de conciencia porque descubrió el antimilitarismo cuando ya le quedaba lejos el servicio militar, aunque aún sueña a veces con los años de cárcel que hubiera podido pasar en caso de haber sido tan gloriosamente objetor.

Lo extraño es que todo este pacifismo se le olvida a Pepe en su vida cotidiana, que parece más inscrita bajo el signo de su apellido que de sus planteamientos antibélicos. Porque Pepín es discutiador y encizañador en la oficina, intolerante con su mujer, duro con sus hijos, despectivo hacia su suegra, áspero con sus vecinos. Y toda la paz que sueña para el mundo se olvida de cultivarla en su casa.

Escribo esta pequeña parábola para recordar que, al fin, la gran paz del mundo sólo se constituirá con la suma de muchos millones de pequeñas porciones de paz en la vida de cada uno. Yo tengo la impresión de que muchos de nuestros contemporáneos viven angustiados ante la idea de que un día un militar o un político idiota apretarán un botoncito que hará saltar el mundo

en pedazos, y no se dan cuenta de que hay en el mundo no uno, sino cinco mil millones de idiotas que cada día apretamos el botoncito de nuestro egoísmo, mil veces más peligroso que todas las bombas atómicas. Y a mí me preocupa, claro, la gran guerra posible; pero más me preocupa que, mientras tememos esa gran guerra, no veamos siquiera esas mil pequeñas guerras de nervios y tensión en las que vivimos permanentemente sumergidos.

¡Qué pocas almas pacíficas y pacificadoras se encuentra uno en la vida cotidiana! Hablas con la gente, y a la segunda de cambio te sacan sus rencorillos, sus miedos; te muestran su alma construida, si no de espadas, sí, al menos, de afileres. Qué gusto, en cambio, cuando te topas con ese tipo de personas que irradian serenidad; que conocen, sí, los males del mundo, pero no viven obsesionados por ellos.

El mundo tiene líderes violentos cuando es el propio mundo violento. Si el mundo fuese pacífico, los líderes violentos estarían en sus casas mordiéndose las uñas. La guerra no está en los cañones, sino en las almas de los que sueñan en dispararlos. Y los disparan.

Me gusta, por eso, que el Diccionario cuando define la palabra "paz", ponga como primera acepción la interior, y la defina como la "virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego".

Con una definición así ciertamente el mundo está ya en guerra. Porque ¿quién conoce hoy ese don milagroso de un alma tranquila y sosegada? ¿Quién no vive turbado y con todas las pasiones despiertas? Nunca floreció tanto la angustia; nunca abundó tanto la polémica; nunca fueron tan anchos los reinos de la cólera y la ira. Basta abrir el periódico para comprobarlo...

Las únicas armas verdaderas contra la guerra son la sonrisa y el perdón, que juntos producen la ternura. De ahí que alguien que quiere a su mujer y a sus hijos sea mucho más antibelicista que quienes acuden a manifestaciones. De ahí que un buen compañero de oficina que siempre tiene a punto un buen chiste sea más útil para el mundo que quienes escriben pancartas. O que quien sabe escuchar a un viejo y acompañar a un solitario sea mil veces más pacificador que quien protesta contra la carrera de armamentos. Porque el armamento que más abunda en este siglo XX es el vinagre de las almas, que mata a diario sin declaraciones de guerras.



**"...pidió agua y se lavó las manos delante del pueblo".
(Mt. 27,24)**

EL JUICIO

Era un grupo armado con espadas y palos..., ¡demasiados hombres para apresar al HOMBRE! Lo arrestaron de noche, le amarraron las manos y, en medio de burlas, sin respetar para nada su dignidad, dándole empujones, lo llevaron a juicio. La condena fue de ley. La justicia humana, la autoridad religioso-político-militar y toda la masa que aplaudió -o dejó hacer- sentenció que el JUSTO era "digno" de muerte.

Unos, movidos por intereses, otros por odio, los más por debilidad, decidieron quitarle del medio. Juzgaron que Jesús era un hombre peligroso, porque su persona y su mensaje removían los cimientos de aquella sociedad. Él quería la justicia, y molestaba al poder; quería la igualdad, y chocaba con los privilegiados. Jesús quería la libertad, y puso a temblar a jerarquías y tiranos. Quería el amor, y le opusieron la ley. Era un profeta, y los profetas son gente conflictiva.

Pilato dio a su juicio aspecto democrático consultando al populacho la sentencia. En el fondo, quería salvar a Jesús porque lo sabía inocente; pero tuvo miedo. Hombre débil, que quería quedar bien con todos -especialmente con los que tenían la fuerza y el poder-, establece un diálogo entre la conciencia y el poder, y sale perdiendo la conciencia. Por eso se lavó las manos.

Hoy también la justicia se vende. Hoy se sigue condenando a millones de inocentes, porque hay poderes fácticos que lo exigen. Hoy

se multiplican las víctimas anónimas condenadas por la multitud, por las estructuras, por las leyes establecidas... **Aquí y allá.** Por eso, todos tenemos necesidad de lavarnos bien las manos.

En tiempos de crisis -en griego "*krisis*" significa precisamente **juicio**- el estrés producido por la incertidumbre y las carencias, el cansancio, y todo aquello que contribuye a hacer más difícil o imposible la vida, convierte a la gente en juez implacable, pero no justo. También nosotros juzgamos... ¡y matamos! la ilusión, las buenas intenciones, la alegría de vivir de muchos. Nos creemos capaces de emitir un juicio moral infalible, y pensamos como el fariseo: "yo no soy de éstos..."



¿Quién valora y aprecia la paciencia, la comprensión, el ponerse en el lugar del que sufre, la empatía, el intentar ver las cosas desde el interior de los demás, el procurar entender el lenguaje en que nos habla el otro, que no es

forzosamente el nuestro? Y si esto no se valora, ¿cómo vamos a juzgar lo que hacen los otros, si estas actitudes son básicas para comprenderlos? ¡Si supiéramos el último por qué de las cosas, tendríamos compasión hasta de las estrellas...!

Si esto es así, si nuestro mundo funciona de este modo -a codazos y pisotones- los embusteros, los oportunistas, los jineteros, ¿no vendrían a ser como una condensación de los antivalores sociales imperantes? Más que "antsociales" inadaptados serían los totalmente "adaptados"... ¿Quiere alguien lavarse las manos?

Y esto no quiere decir que debemos resignarnos a ver las injusticias, la desvalorización y la despersonificación como algo normal. Ni tampoco que podamos diluir responsabilidades personales en vagas consideraciones sociológicas. Silenciar todo lo que estamos viviendo sería injusto. La muerte del JUSTO nos obliga a decir ¡¡NO!! a cualquier injusticia, y a decir ¡¡SÍ!! a toda entrega de la propia vida en favor de los demás, de los que ya están imposibilitados de luchar.

La indiferencia no es propia de cristianos. Tenemos el derecho y el deber de elaborar un **juicio ético** sobre estas realidades humanas que vivimos, pero a la luz del Evangelio, que no es simplemente un libro escrito hace dos mil años, sino la vida misma de Jesús, su dinamismo, sus valores, sus criterios...

Los "criterios de juicio" -del juicio ético al que me refiero- los podemos encontrar en la Doctrina Social de la Iglesia; con ellos podemos juzgar con equidad cada una de las realidades de la vida que nos toca vivir, también aquellas



equilibrio básico. Estos criterios no son, ciertamente, los criterios del mundo, que está ansioso de poder, de riqueza y de dominio; pero a través de ellos podemos impregnar la sociedad de la que formamos parte con los valores que emergen del Evangelio. Este servicio es imperativo -para nosotros como Iglesia- si queremos construir un espacio donde la justicia se haga con amor.

Todo juicio lleva consigo un anuncio y una denuncia. Los cristianos tenemos que aprender a combinar ambos: denunciar todo lo que atente contra la persona, pero iluminando la *denuncia* con los valores del reino de Dios -verdad, libertad, justicia, amor, responsabilidad- al estilo de Jesús, y teniendo muy presentes sus palabras: "*La verdad los hará libres*" (Jn. 8,32). Por ahí pasa nuestra misión profética, aunque también hoy se rechace a los profetas.

¿Juzgar? Sí, pero con los criterios de Jesús, los criterios de su Evangelio, los que nos permiten respetar la dignidad de los demás y tener siempre muy presente que el otro -la otra- es mi hermano, mi hermana, porque -al final- todos somos hijos de Dios.

Quiero hoy terminar mi reflexión recurriendo a la sabiduría china que -en relación a esto de los juicios sobre personas- dice: "*Dios me libre de juzgar a mi hermano sin haber calzado durante un mes sus zapatos*". Seguramente que -transcurrido el mes- los juicios que podamos hacer sobre cualquiera serán mucho más benévolos y justos.

DIOS me libre
de juzgar a mi
hermano sin haber
calzado durante un
mes
sus zapatos

realidades que nos ahogan, y realizar ese juicio después de un discernimiento sereno, desde un

TIEMPOS DIFÍCILES PARA LA IGLESIA

CISMA DE ORIENTE

OSVALDO MORALES *isc*

SEPARACION DE LA IGLESIA ORIENTAL

Cuando hablamos de Iglesia de Occidente, podemos decir también: Iglesia Romana, Latina o Católica. Y cuando nos referimos a la de Oriente: Iglesia Bizantina o de Constantinopla, Griega u Ortodoxa.

El cisma es una separación que engendra "iglesias" donde sólo debe existir "La Iglesia de Cristo". En la historia de la Iglesia ha habido varios cismas. La separación de la Iglesia oriental fue el primer gran cisma.

Esto fue cuestión de largo tiempo y de una cadena de divergencias de orden cultural, litúrgico, teológico y también político entre Roma y Constantinopla.

El Obispo de Roma era reconocido sin problemas como cabeza de la Iglesia. Y al ser proclamada Constantinopla como nueva capital del Imperio, la sede episcopal de Roma no fue afectada. La posición excepcional del Obispo de Roma por su carácter de sucesor en la sede de Pedro, estaba clara.

En el año 581, el II Concilio de Constantinopla le da un título honorífico a la sede de Bizancio, que viene a ocupar como un segundo puesto en la Jerarquía eclesiástica, ya que Bizancio (Constantinopla) era la capital del Imperio. Esto no creó problemas, por lo menos al principio. Las cosas comenzaron a cambiar cuando el Concilio de Calcedonia le concedió una jurisdicción más amplia al patriarcado de

Constantinopla y el Papa León I se negó a aceptar esa nueva jurisdicción por el peligro evidente que entrañaba.

Otros factores de tipo político influyeron también como la relación estrecha entre el Papa y los emperadores occidentales. El problema se agravó con la discrepancia entre Ignacio y Focio, que estuvo a punto de crear ya el cisma.

El emperador de Oriente, Bardas, depuso en 863 al Patriarca de Constantinopla, Ignacio, y colocó en su lugar a *Focio*, un laico amigo suyo. Focio, sabiendo su difícil situación, trató de ganarse el apoyo del Papa Nicolás I. Este envió dos legados a Constantinopla que se dejaron ganar por Focio y apoyaron la deposición de Ignacio. Pero el Papa no se dejó engañar, y en un Sínodo celebrado en 863 en Roma, Nicolás I depuso a Focio, restituyó en la sede de Constantinopla a Ignacio y mandó castigar a los legados. Ni Focio ni el Emperador se dieron por enterados.

Al año siguiente (864), el zar Boris de Bulgaria, se convertía al cristianismo y pedía al Papa que enviara misioneros. Focio protestó porque, según él, el territorio de Bulgaria estaba bajo la jurisdicción eclesiástica del Patriarca de Constantinopla. Y como le favorecían razones patrióticas que encontraban eco en la población cristiana de Bizancio, aprovechó la ocasión para acusar a la Iglesia de Occidente de haber introducido en el Credo una "falsa proposición": -que el Espíritu

Santo procedía del Padre y del Hijo- Es la cuestión del "*filioque*" de la que volveremos a hablar.

El asunto es, que Focio, que sólo unos cuantos años antes, era un laico, se atrevía a acusar de herejes al Papa y a toda la Iglesia de Occidente... Y no contento con eso, osó negar también la primacía del Obispo de Roma, alegando, que puesto que los emperadores residían en Constantinopla, la sede primada era la suya. Y por si fuera poco, en un sínodo celebrado en Constantinopla



(867), depuso al mismísimo Papa.

Nicolás reaccionó vigorosamente, pero murió muy pronto (13 noviembre 867) y no llegó a enterarse de que Focio había sido desterrado por el nuevo Emperador Basilio I. El octavo sínodo de Constantinopla (869-70) restableció la unidad de la Iglesia y repuso a Ignacio en su sede. Pero éste murió en 877 y le sucedió Focio, y aunque éste volvió a ser desterrado (886), perduró su huella. Los búlgaros pasaron a depender del Patriarcado de Constantinopla y los sacerdotes latinos fueron expulsados de aquellas tierras. Todo esto fue una verdadera calamidad para la Iglesia.

La zanja que separaba a ambas partes de la Iglesia, se fue agrandando con el tiempo. Y las razones eran a la vez políticas, culturales y dogmáticas, como ya se dijo. Las políticas, ya las hemos visto. En cuanto a la cultura, Oriente ignoraba el latín, y el Occidente más todavía el griego. En los escasos contactos entre ellos, latinos y griegos se despreciaban cordialmente.

Y en cuanto a la liturgia y la doctrina, también había sus divergencias: En Oriente se mezclan rito y fe. El rito es la fe que actúa. Cambiar el rito es cambiar la fe. En Occidente se distingue más fácilmente el rito de la doctrina. En Oriente, los monjes y los obispos son célibes, pero los sacerdotes diocesanos se casan. En Occidente se exige el celibato a todos los sacerdotes, o por lo menos, en principio, los hombres casados renuncian a la vida conyugal después de su ordenación.

Los griegos reprochan a los latinos el haber modificado la

fórmula de fe añadiendo el "filioque" en el Credo de Nicea-Constantinopla. "El Espíritu procede del Padre", dice el credo; "y del Hijo", añaden los latinos.

Mientras los orientales tienen una concepción más colegial del episcopado, el Papa, como sucesor de S. Pedro, se reconoce a veces un poder de intervención en la iglesia universal. Para los griegos, el Papa tiene sólo una primacía de honor.

Las rupturas seguidas de reconciliaciones fueron numerosas entre los siglos V y XI. Al comienzo de los acontecimientos del año 1054, estaba ante todo un deseo de aproximación del papa León IX. El papa y el emperador bizantino tenían entonces un enemigo común: los normandos, al sur de Italia. Una alianza habría permitido hacerles frente, pero la reconciliación religiosa no se dio. Desgraciadamente, los dos personajes encargados de realizar el acuerdo no eran los hombres adecuados. El legado enviado por el Papa León IX, el cardenal Humberto, mal informado, y carente de ductilidad, no logró entenderse con el patriarca Miguel Cerulario, de Constantinopla, quien también se mostró duro. Ambos se excomulgaron mutuamente y la Iglesia quedó dividida desde entonces.

Ya después de eso, no hubo ninguna reconciliación duradera. Y las cruzadas ensancharon aún más el foso, al saquear Constantinopla en 1204 y poner en el trono de Bizancio al conde Balduino de Flandes.

En 1453, los turcos tomaron Constantinopla, convirtieron en mezquita la

espléndida basílica de Santa Sofía, y acentuaron con ello el aislamiento de los cristianos griegos.

Y no fue sino hasta la **Declaración común del papa Pablo VI y del patriarca Atenágoras el 7 de diciembre de 1965**, con ocasión de la clausura del Concilio Vat. II, en la que ambos lamentaban el intercambio de injurias de 1054 y los excesos del pasado, que comenzó para los cristianos de Occidente y Oriente, católicos y ortodoxos, una nueva etapa en el largo camino de la reconciliación.

Los ortodoxos se encuentran en gran número en Rusia, Ucrania y Bielorrusia, los Países Bálticos, Rumania, Bulgaria, Bosnia, Yugoslavia, Macedonia y Grecia, además de Turquía y algunos otros países.

Varias comisiones mixtas de católicos y ortodoxos, estudian actualmente las divergencias doctrinales o disciplinarias entre ambas religiones, para tratar de llegar a puntos comunes y facilitar así la deseada unión entre ambas iglesias.

En su Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* (25 marzo 96), el Papa nos insiste en la oración para lograr tal fin:

"La oración de Cristo al Padre antes de la Pasión, para que sus discípulos permanezcan en la unidad, se prolonga en la oración y acción de la Iglesia".

"El alma del ecumenismo es la oración y la conversión".

Que todo esto nos mueva a orar y a esperar.

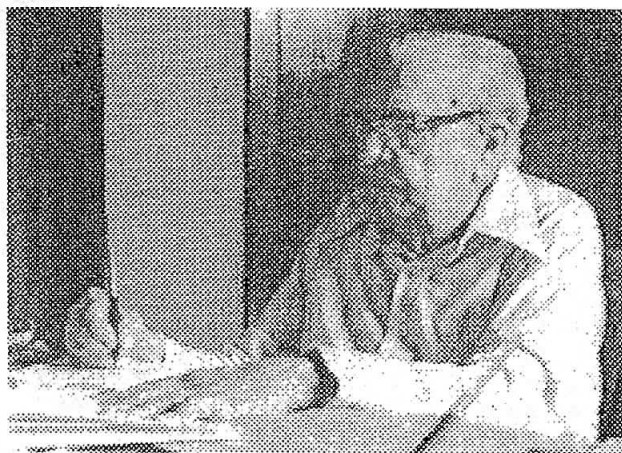
FIDELIDAD A TODA PRUEBA

"Para mí fue una sorpresa el anuncio de esta entrevista, porque no tengo la menor noticia de ser protagonista de ninguna cosa..." Así quiso el P.

Higinio Seoane que comenzaran estas páginas que -por fuerza- tienen que ser como un agradable paseo por la memoria y el corazón de un hombre que ha sido puntal fundamental en nuestra Iglesia Arquidiocesana durante largos años.

Mucho da de sí una vida tan "llena" como la suya, y son muchos 84 años -siempre con una proverbial memoria- para que los recuerdos vivos no se agolpen, acompañados muchas veces de la emoción y la nostalgia. De hecho, para mí ésta ha sido una entrevista donde ha podido -mucho más que la curiosidad- el respeto, porque es grande la admiración y el cariño que le profeso a este "cura de almas" ya anciano, sabio como pocos, y de mente extraordinariamente clara.

IM Padre Higinio, después de tantos años de vida sacerdotal, y de tantas experiencias que han ido marcando su vida, espero que le resulte gozoso pasear de nuevo su infancia: ¿Cómo fueron aquellos primeros años?



PH Nací en Santiago de Cuba, pero desde muy pequeño residi en el Cobre, porque mi padre trabajaba en las minas.

Teníamos una casita muy cerca de la iglesia antigua. Recuerdo que -ya desde niño- entraba en aquel templo con frecuencia -había en mí una gran curiosidad por descubrir todas las historias que se encerraban en cada rincón... y con

esas idas y venidas me fui encariñando con el lugar y con la religión. El sacerdote que había allí entonces me acogió y me ayudó a ir metiendo -primero en la cabeza y luego en el corazón- algunas verdades de nuestra fe cristiana; después fue naciendo lo que podríamos llamar el "principio de mi vocación". Claro, que lo que veía y vivía en el hogar me ayudaba también mucho en este ir descubriendo los caminos que Dios tenía trazados para mi vida.

Mi madre era muy piadosa, aunque no podía visitar con frecuencia el templo, que la crianza de seis hijos ocupa muchas horas, sobre todo cuando hay que realizar todas las tareas de la casa. Ella, en medio del permanente trajín, supo siempre mantener la ecuanimidad y la ternura. Mi padre se pasaba el día trabajando en las minas.

Cuando comencé la escuela en la parroquia, a los cinco años, ya sabía leer, porque mi padre -un simple obrero- nos sentaba a sus hijos en sus piernas y, con un periódico o un folleto, nos enseñaba a leer. También hizo eso con los primeros nietos.

Cuando terminé la escuela, el sacerdote me propuso entrar al seminario menor. Tenía entonces yo 12 años, y acepté con alegría. Me pusieron en primer grado de Latín. Entonces el Plan de Estudios de los seminarios comprendían 4 años de latín, además de otras muchas materias, las equivalentes a las actuales del bachillerato. Después de esos cuatro años pasé al Seminario Mayor de S. Carlos y S. Ambrosio de la Habana, para cursar la Filosofía. En ese tiempo no existía seminario mayor aquí en Oriente, lo habían cerrado desde hacía tiempo.

Tengo que confesarlo: Me impresionó la forma en que este sacerdote iba desgranando frente a mí los recuerdos de tantos años.

A veces la emoción empañaba su voz, como cuando me habló de su madre que no tenía reparos en sentar a unos y a otros a su mesa, sin importarles nunca raza o posición social; otras, con dolor, como al recordar su traslado al recién abierto Seminario de El Cobre para continuar sus estudios de Teología, cuando todo estaba preparado para hacerlos en España, en el Seminario de Vitoria, con justa fama de seriedad académica. Y es que, por aquellos días (1931), surgió la República Española, y muy pronto se escenificaron manifestaciones hostiles a la Iglesia, por eso Mons. Zubizarreta, entonces Arzobispo de Santiago de Cuba, creyó que no debía exponerles.

A lo largo de la entrevista, la serenidad y la ironía proverbiales de Mons. Higinio, se sobrepusieron a los mil sentimientos que trae consigo el repaso de una vida tan repleta... Y recordó a su Rector en el renacido Seminario de San Basilio, un joven de 27 años, inteligente y estudioso; recordó también los grandes esfuerzos que le tocó realizar -con daño para su salud, por falta del reposo conveniente- para ser, al mismo tiempo, alumno de Teología, y profesor de sus compañeros menores...

IM

Padre, la meta de tantos años de estudio era su ordenación sacerdotal: ¿Qué recuerdos guarda de aquel día?

PH

La ordenación fue en la catedral, el 12 de abril de 1936. Los seminaristas de mi promoción éramos tres; dos fuimos ordenados ese día con el visto-bueno del director espiritual, el otro concluyó su formación fuera de Cuba.

En aquella época no se podía tomar ni siquiera agua después de las 12 de la noche, para poder comulgar al día siguiente, y eso hacía más intensa la sed y el nerviosismo. Claro que allí estaba una monja de "La Colonia" con su correspondiente jeringuilla por si alguno se desmayaba entre la sed y los nervios.

La ordenación estaba fijada para las 9:00 a.m., con misa pontifical, por supuesto; pero, ¡qué 9 de la mañana!... Figúrate que alguien cometió la torpeza de invitar a la ceremonia al Presidente de la República -uno de apellido Barnett- que estaba de paso por Santiago. Como aceptó la invitación, el protocolo exigía que se esperara hasta su llegada, no importa la hora... Al final, no nos desmayamos, ¡nos ordenamos!

IM

Y con la ordenación le llegaba también algo que no esperaba: un nombramiento como Cura Económico de una extensa jurisdicción rural. S. Andrés, en Hojguín. S. Andrés, por aquellos días era un lugar muy mal comunicado, y ni siquiera contaba con una humilde fonda donde tomar un plato de sopa. Pero dejemos al P. Higinio que hilvane sus recuerdos.

PH

Yo era completamente novato en lo que toca a la "pastoral



práctica". Por no tener, no había tenido siquiera la oportunidad de impartir alguna clase de catecismo, por eso esperaba en verdad que me mandaran al lado de un sacerdote experimentado que me enseñara, pero ¡qué va!

La entrada en el Pueblo cabecera la hice en compañía del antecesor en el cargo, a lomos de jamelgo, pues los caminos en la estación -mes de julio- no toleraban vehículos rodantes, a no ser carretas tiradas por bueyes, que también se atascaban. Y entonces lamenté la ausencia de una importante asignatura: la equitación.

La parroquia llevaba siete meses sin sacerdote. No había vestigio de asociación piadosa. La asistencia dominical -cuando había misa-: un puñado de mujeres; los hombres no pisaban el umbral del templo. Sin embargo, eran de sanas costumbres domésticas y cívicas. Delitos como el robo, eran allí desconocidos. Desde el principio tomé una resolución: si el sacerdote estaba en el pueblo, el templo permanecería abierto hasta altas horas, aunque estuviera solitario.

Después de casi tres años de desigual batalla con adversidades superiores a mis fuerzas, mi salud empezó a flaquear. Un día Mons. Zubizarreta me llamó y me dijo: "debo sacarlo de S. Andrés. Le doy a escoger entre Gibara y Santo Tomás". Me decidí por Santo Tomás.

IM

Fueron muchos los años dedicados por usted a esas parroquia. Miles de almas que conocieron de sus cuidados pastorales, de su profunda erudición y de su puerta abierta -como lo aprendió de su madre- a tantas necesidades del cuerpo y del espíritu... ¿Cómo fueron aquellos años primeros de Santo Tomás?

PH

Tomé posesión como párroco el 31 de mayo de 1939. La parroquia contaba con cuatro capillas: el templo parroquial, el Cristo de la Salud, San Pedrito y Cristo Rey, además, en medio, estaba San Francisco.

Trabajaba, pero no me sentía muy complacido. En medio del bullicio exterior, me sentía bastante solo, y tuve que vestirme el disfraz de valiente, pues a mi antecesor le habían hecho pocos meses antes un atentado sangriento.

Estando allí me llevaron como profesor al Seminario S. Basilio Magno, en El Cobre. Durante un curso iba allá de lunes a viernes a impartir clases de latín, y volvía a la parroquia el fin de semana. Al curso siguiente el Señor Arzobispo me destinó fijo como director espiritual y profesor de lo que hiciera falta. Después de un tiempo, fui enviado nuevamente a Santo Tomás.

Tengo que confesar que no por méritos míos, sino por la labor de dos comunidades de religiosas que sucesivamente residieron en la Parroquia -Las Hijas de María Auxiliadora, y las Hermanas Oblatas de la Providencia-, con la cooperación de los jóvenes de Acción Católica y la valiosa acción de un grupo de doctoras en fama, se llegaron a establecer hasta 9 locales para catequesis de menores en el territorio parroquial. Aún me queda el recuerdo y algunas fotografías de las frecuentes Primeras Comuniones. Una, organizada por las Hermanas Oblatas con niños de los nueve centros, reunió a 253.

Otra dimensión pastoral a la que dediqué especial atención fue la Acción Católica. Logré que en la parroquia funcionaran las cuatro ramas. En Santo Tomás encontré un grupo de juventud femenina y otro de damas. De las ramas masculinas nada había. Al final se logró preparar e iniciar un grupo de unos treinta hombres para constituir la Unión 153. La juventud masculina también llegó a funcionar, aunque nunca me sentí satisfecho con el trabajo que realizaban. Las damas colaboraban, las jóvenes lo hacían mejor con el coro y otras

actividades más, y los caballeros realmente hicieron una buena labor; entre otros muchos compromisos, mantenían un consultorio médico gratuito para los más pobres, y editaban una revista: CLARINADAS.

Durante todos estos años el P. Higinio se dedicó a escribir, y escribió mucho. El brío de su pluma, la finura y la clara intención evangelizadora de sus escritos, han servido a muchos para hacer un alto en su vida y repasarla a la luz de las coordenadas de Dios. Hoy -mes a mes- sigue publicando su OPINIÓN en las páginas de este BOLETÍN, y últimamente colabora también con la recién creada revista "CLARAS LUCES" como parte del Consejo Editorial. Muchos nos regocijamos con esos escritos suyos, certeros y llenos de clarividencia, que tocan, con ironía y extraordinaria elegancia, puntos importantes de la vida cotidiana

IM

¿Cómo fue que empezó a escribir, y qué fuerza interior le ha mantenido -pluma en ristre, como luchador denodado- en las publicaciones de la Iglesia Arquidiocesana?

PH

¡Por una mentira que me dijo un profesor! Aseguró delante de toda la clase que yo sabía escribir, y le creí.

Hablando ya en serio, te confieso que lo hacía -y lo sigo haciendo ahora- porque pensé que era una de las maneras de evangelizar



las personas y la cultura. Además, como no tengo dotes especiales de orador, me acogí a este tizón ardiente que es cada página impresa, para disculparme conmigo mismo.

"Será necesario que futuras generaciones, con nuevas ilusiones y con renovados métodos, siembren y cultiven. Y, entonces, quizás hasta las estériles parcelas de mis desvelos reverdezan con prometedur fruto"

Padre Higinio Seoane

Escribí mucho. Lo hice ya desde mucho antes de la revolución en la revista del Padre Foyaca, en la de los Caballeros de Colón, en una que publicó el Consejo de la Juventud Femenina de Acción Católica -"Alma Joven"-, y en alguna más. En la parroquia también me parecía que hacía falta un medio de comunicación, y empecé a escribir una hojita -"MARÍA"- con muchas dificultades. Con esa publicación seguí hasta que me jubilé. Recuerdo que también escribí en "CLARINADAS", de los Caballeros de Acción Católica. Y ahora, por matar el aburrimiento, pues lo sigo haciendo.

IM Padre, ya hemos hablado bastante del pasado: ¿por qué no intentamos proyectarnos hacia el futuro? ¿Cómo ve usted ese futuro, y qué consejos puede darnos a los que -de una manera o de otra- debemos construirle?

PH Yo trato de no quitarle el ánimo a la gente, pero hay una realidad que está ahí y que reconozco: por mi carácter soy demasiado realista, y eso muchas veces linda con el pesimismo, aunque quiero que quede bien claro que no soy pesimista

En realidad me impresionan las dificultades, diría que en cierta medida me acobardan, me recortan los impulsos para la acción. Una vez comenté a Mns. Pedro Meurice: "Envidia a los que han fracasado, porque por lo menos se

lanzaron", y yo sé que muchos veces no me he lanzado porque veía un fracaso seguro. Incluso, al principio de la Revolución, cuando nos reuníamos los sacerdotes y dialogábamos sobre la situación y la acción pastoral, mi opinión sobre algunos temas me valió que me tildaran de "persona de poca iniciativa", lo que no es cierto, porque mientras estuve en mi parroquia siempre intenté hacer algo. Ahora sueño.

Quisiera que los jóvenes no me imitaran en ese realismo, que sean "echados p' delante", que siempre habrá tiempo de fracasar. A veces algunos vienen a confesarse conmigo, y trato de infundirles ánimo y optimismo a pesar de la situación. Nadie tiene derecho a desalentar a nadie, aunque hay cosas que a veces están fuera de razón, y eso ya es distinto.

El espacio impone límites, por ello, muchas imágenes, muchos recuerdos empapados de vida, muchos acontecimientos que fueron altamente significativos en su momento, quedarán en la memoria y en la sensibilidad del Padre Higinio, quien me pidió no agotarlos con la entrevista.

Al final, sólo discrepo con él en una cosa: Pienso que todo el que vive, y trata de hacerlo con la dignidad con que este hombre ha vivido, es protagonista de algo tan importante como la vida, sobre todo cuando se trata de una vida entregada al servicio desinteresado de los demás, los pobres y los sencillos. Creo que no por azar he recordado -mientras escribía- los conocidos versos de Antonio Machado: "Se hace camino al andar", y es que pienso que en la vida de cada ser humano hay muchas cosas que decir, incluso desde el lado oscuro, desde los baches, desde los días grises y las insatisfacciones.

Seguramente a nadie se le ocurrirá preguntar a estas alturas por qué titulé la entrevista: "FIDELIDAD A TODA PRUEBA". ¿Acaso no han notado que todo lo que se hizo de bueno lo han hecho los ingenuos, lo han hecho los honestos, los bienintencionados? ¿No han descubierto que todo lo que de bueno se hace en esta tierra lo hacen los sencillos, los limpios, los humildes, los misericordiosos, los mansos, los magnánimos? Así es y así seguirá siendo. Y pienso que el Padre Higinio Seoane es uno de esos, de los serviciales y los siempre dispuestos, los que hacen del trabajo un acto de servicio. ¿Quién da más?

Mercedes Ferrera Angelo

Mons. Higinio Seoane

AL MARGEN DE MIS LECTURAS

Toda sociedad, ya sea familia, nación o comunidad humana, ha de sentir el impacto de dos fuerzas, una de unificación, y otra de dispersión. Ambas pretenden predominar. Si predominara la primera, la sociedad marcharía en paz. Si predominara la segunda, se acentúan rivalidades, envidias, zancadillas y guerras.

La fuerza unificadora por antonomasia es el AMOR, al que, para que no se confunda con el "erotismo" llamaremos CARIDAD. La fuerza de dispersión tiene por caudillo al EGOISMO, que se vale de numerosos colaboradores.

La caridad, de eficacia colectiva, es de cultivo personal; y está siempre a mano, con tal de que se pague por ella el precio debido, a veces tan alto como el vencimiento propio. El egoísmo y sus satélites despliegan una actividad incesante.

No siempre que se exhalan adoloridos

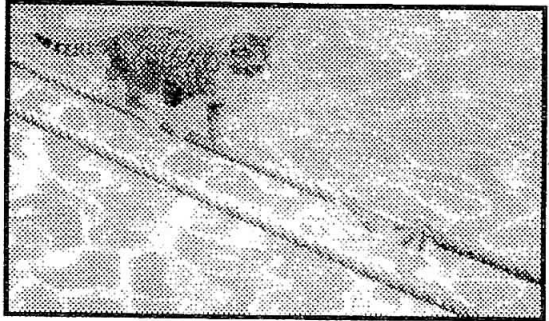


lamentos por la *perversión creciente*, se cae en la cuenta de la intervención de ciertos factores de corrupción tan dañinos como disimulados. Un rato de lectura ociosa me trajo a la memoria a uno de ellos: la actuación de los "soplones" o *correbretes*.

Actúan en diversos grados: desde el

palaciego que ansía ser *privado*, pasando por el arriesgado espía a sueldo, hasta el abyecto guataca gratuito. En rigor, ninguno es gratuito, todos buscan el miedo personal.

Mi lectura ociosa reavivó en mí la convicción de que el insigne Miguel de Cervantes no está a la altura de su liberal ingenio cuando, en la segunda parte del Quijote, hace decir a un personaje secundario que los soplonos o correbretes **son de gran utilidad en la república**. Quizás lo dice porque mantienen al



"jefe" de turno informado sobre las actuaciones, y hasta sobre las intenciones de los súbditos. Y esto, claro está, es maquiavélicamente eficaz. Pero los males que engendra son muy superiores a los bienes que promete.

Primero: La información que aporta es apasionada, revanchista, matizada de envidias. Con lo que se siembra ponzoñosa cizana, difícilísima de erradicar. Y, sobre todo, es el proceso más eficaz para corromper al jefe, al que con todos los halagos se le sienta en el trono del orgullo, del complejo de autosuficiencia e infalibilidad. De ahí a las arbitrariedades e injusticias hay poco trecho.

Contra este y otros muchos factores destructores sólo se vislumbra un remedio: la CARIDAD; pero ésta no se compra ni con las divisas más duras. No se fabrica en los conciliábulos, ni se bebe en las enciclopedias. Dios la infunde en las almas sinceras que, aunque sienten las tentaciones del hedonismo enervante, le oponen el sacrificio del vencimiento propio. Y al prójimo lo sitúa a nivel de hermano; donde, si no siempre se logra el heroísmo de amarlo más, se le ama tanto como a uno mismo; que es la medida prescrita por la justicia cristiana.



P. Jorge Catasús

El alma vive de darse J. Martí

III

De regreso a su patria, en 1801, el adolescente Félix matricula en el Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, iniciando su primer curso de latinidad el 14 de septiembre.

Los documentos históricos de la época ponen de manifiesto la gran inquietud intelectual que existía en La Habana, que *"mantenía estrechas y diárias relaciones comerciales con New York, Londres, Burdeos, Cádiz y otras grandes ciudades del mundo"*. Los más importantes filósofos europeos: Newton, Locke, Condillac, Rousseau, Feijoo y Jovellanos, así como la Enciclopedia francesa, *"eran conocidos y discutidos en la élite cultural de La Habana"*.

El obispo Juan José Díaz de Espada y Landa, quien va a ocupar la sede episcopal de La Habana en 1802, será el que aglutinará y dará fuerza a este movimiento cultural en la capital de la Isla.

"Desde que empezó sus estudios, Varela atrajo la atención de los profesores de Filosofía y Teología por razón del superior talento que demostraba, así como por su aplicación constante al trabajo, y su perseverancia en la virtud. Su carácter moral era sin mancha; su piedad ferviente, su devoción sincera y sostenida". Así

afirma el reverendo Padre J.F. O'Neill, en el elogio fúnebre que pronunció en San Agustín de la Florida, el 22 de marzo de 1853, cuando allí se erigió un sencillo monumento a la memoria del insigne presbítero.

En su expediente de carrera se registra que recibió el grado de Bachiller en Teología en 1908, y se presentó en la oposición a la cátedra demoninada entonces de "Santo Tomás y Melchor Cano".

El mismo Padre O'Neill es quien en el citado elogio fúnebre nos dice también que *"a muchos de los estudiantes, cuyas circunstancias de fortuna no les permitían residir permanentemente en el colegio, y aprovecharse así de todos los beneficios de la institución, el Padre Varela, con su habitual bondad y benevolencia, les daba clases especiales en su propia morada, y que así los ricos y los pobres salían beneficiados por la preciosa mina que estaba encerrada en la constitución mental del bueno y caritativo sacerdote"*.

Qué estado tan feliz el de un pueblo moral e instruido

Cartas a Elpidio. Tomo I

Puede aseverarse que no hubo campo del conocimiento humano que él no estudiase y profundizase. En el ámbito de la Filosofía y Ciencias Morales se distinguió como ningún otro en la Isla y, tal vez, en la España de esa época. Intrudujo la enseñanza de la Química, que acababa de nacer como ciencia, desarrollándola hasta donde nadie había alcanzado en este momento. Fino escritor, aprendió también a tocar el violín, explicando el arte musical de forma extraordinaria, desde el punto de vista científico. Varela llegó a ser fundador de la primera Sociedad Filarmónica que existió en La Habana, según consta en las tradiciones recogidas por el erudito compatriota Don Antonio Bachiller y Morales.

Por otra parte, contribuyó al establecimiento de escuelas públicas, tomando parte en los trabajos de la Real Sociedad Patriótica, establecida en 1793 en La Habana. Escribió para diferentes publicaciones periódicas, *"interviniendo en todo, y animándolo todo y enalteciéndolo"*.

Así se iba preparando, con generosidad y lucidez inmensas para servir a la Patria y a la Iglesia, para servir a su pueblo.

CARLOS LAMAS ROCA

La Santa Misa

EL OFERTORIO

La ofrenda es muy antigua, la encontramos ya desde los inicios del Antiguo Testamento, pues los primeros hombres ofrecieron sus dones a Dios en acción de gracias y como una manera de expresar su dependencia y su amor para con El.

En el Evangelio encontramos varios textos que hablan sobre la ofrenda que hacen los judíos en el templo. Hay un relato muy lindo en la ofrenda de la viuda pobre (Mr. 14, 44 ss), y el aprecio tan grande que Jesús da a esa limosna. Siempre será así a los ojos de Dios: la disposición del corazón es lo que realmente tiene valor, no las meras apariencias.

¿Por qué es justo ofrecer a Dios? Porque todo lo que tenemos y todo lo que somos lo hemos recibido de Dios Padre, nuestro Creador. Los dones que brindamos deben estar acompañados de gozo y agradecimiento; por eso, cuando hacemos nuestras ofrendas cantamos nuestra alegría y nuestra voluntad.

En la Misa nos unimos a la ofrenda de Jesús, quien se ofreció en la cruz en un don perfecto. Jesús, por su gran amor llegó hasta el extremo, hasta su muerte, como ofrecimiento al Padre para la salvación de todos los hombres. Es precisamente este sacrificio el que recordamos cada vez que celebramos la Misa, por eso hablamos del SACRIFICIO DE LA MISA. Jesús entregó su

cuerpo y derramó su sangre por nosotros. Las ofrendas de la misa -el pan y el vino- lo serán realmente cuando, durante la consagración, se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Cuando ofrecemos el pan y el vino ofrecemos también

de los obreros, nuestros estudios..., en fin, todo lo que es la vida humana. Pedimos al Señor que acepte nuestros sacrificios.

He insistido en esto porque comúnmente se tiende a confundir el ofertorio con el momento en el que se presentan las ofrendas; o sea, el vino y el pan antes de consagrarse. Lo anterior es un grave error, pues al ofrecimiento sólo lo puede hacer -para que realmente se realice la misa- Jesucristo. Esto nos debe llenar de alegría y confianza, ya que a pesar de nuestros pecados, de nuestras limitaciones y deficiencias, Jesús nos salvará si decidimos seguirlo.

Ofrezcamos al Señor todo lo que hay en nuestros corazones, tanto aquello que es bueno y queremos que crezca, como lo sucio y malo que queremos cambiar. No olvidemos que "nuestra pequeña y oscura flor hará más bello el ramo que

ofrecen los demás", ya que -por la gracia de Dios- nuestras humildes e insignificantes ofrendas participarán también de la nobleza y la dignidad de la gran víctima: Jesucristo.



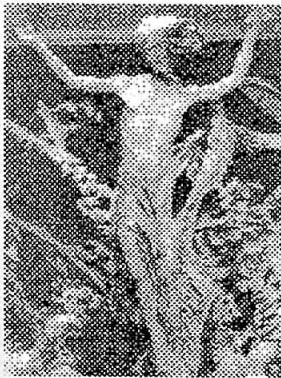
nuestras vidas, nuestros trabajos, todo nuestro ser; es decir, todo lo que llena nuestras vidas. Podemos también ofrecer nuestras luchas y fracasos, el dolor de los que sufren, el sudor

JESÚS: ¿QUIÉN ERES TÚ?

"Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, jamás morirá.
¿Crees esto?"

(Jn 8:12)

La pregunta de Jesús es para Marta, la hermana de Lázaro y María. Su hermano ha muerto, y ella había esperado que el Señor no lo dejara morir, que le hiciera el regalo de la sanación y la vida. Pero había muerto y llevaba tres días enterrado. Sin embargo, la respuesta no se hace esperar: Sí, Señor, creo que tú eres el Cristo, el que había de venir. Creo que tú eres la Resurrección, que tú eres la vida, que mi hermano, por haber creído en ti, aunque ha muerto, vivirá. La fe de Marta está por encima de la muerte, porque para quien tiene fe, la muerte ha perdido su aguijón (1ª Cor. 15,55).



¡Qué hermoso! ¿Qué corazón no se conmueve al imaginar esta escena?. Pero - ¡siempre el pero...!- si en vez de preguntarle a Marta, Jesús nos hubiera preguntado a cualquiera de nosotros en idénticas circunstancias, ¿cuál hubiera sido nuestra respuesta? ¿Se trata de "mi" respuesta, de "tu" respuesta...!

Vaya, Padre, ¡qué preguntas que usted hace...! ¡Le hubiéramos respondido lo mismo!. ¿Acaso no somos cristianos?

Pues sí, somos cristianos pero *-de nuevo el "pero", ¡qué impertinencial!*- ¿creemos en verdad que Jesús, el de Nazaret, el de los azotes y la muerte en cruz, es la resurrección? Es más, ¿sabemos qué es resucitar, qué significa resucitar?

Si acudimos al diccionario, éste nos dice: "RESUCITAR = es volver un muerto a vivir". Y es así, pero no lo es todo. El diccionario nos dice más: "RESUCITAR = renovar, dar nuevo ser a algo". Y ahí está la clave.

Jesús nos dice que Él es la Resurrección, no sólo porque al tercer día de morir en la cruz volverá a vivir para no

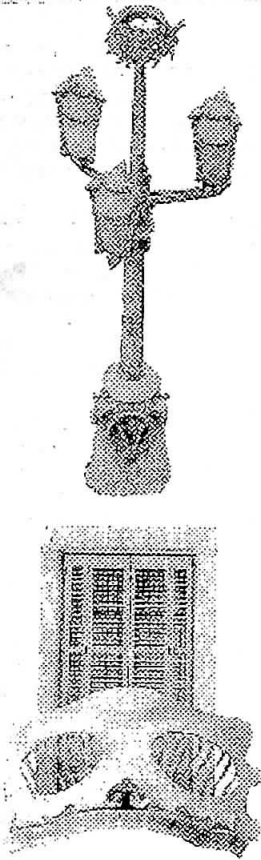
morir jamás, sino también porque viene a resucitarnos en este mundo, a darnos una nueva vida, a renovarnos por dentro, a enseñarnos a vivir de verdad, a su estilo. Y el estilo de Jesús es hacer en todo momento la voluntad del Padre, poner la vida al servicio de los demás, aprovechar al máximo las capacidades recibidas de Dios para así cumplir su mandato de someter la tierra y desarrollarla con todos y para el bien de todos.

Jesús es la Resurrección porque Él es la Vida verdadera, y nos ayuda a vivir de verdad - que es lo mismo que vivir en la verdad-, y a resucitar ya en este mundo, a tener aquí la vida eterna sin necesidad de la muerte física. Por eso nos dice: *Todo el que vive -de verdad, en la verdad- y cree en mí, no morirá jamás, sencillamente porque ya está resucitado, porque ya ha comenzado a vivir la vida eterna.*

Pero -y es el último "pero" por esta vez- para vivir resucitado, para vivir ya desde aquí la vida eterna, hay que estar dispuesto a morir, y a morir todos los días, no físicamente, sino a nuestros pecados, a nuestros egoísmos, y así resucitar- también todos los días- a la vida nueva del compartir lo que tenemos y lo que somos, lo mejor que hay en nosotros.

Para llegar a la Resurrección gloriosa al final de los tiempos, cuando Jesús regrese sobre las nubes del cielo a juzgar al mundo sobre el amor, hay que estar dispuestos a vivir resucitados.

TIEMPO DE RECOGER



Me atrevo a asegurar que en cada familia hay un especialista en grandes limpiezas. Alguien lleno de energía, alérgico a cachivaches y rinconeras, apóstol de la escoba, el carro de basura, el agua, el fuego... Hago constar que los felicito. También puedo afirmar que, junto a ese indispensable experto, convive y sufre en igual medida otro necesario personaje, más callado y quizás más opaco, que recoge,

guarda, conserva y defiende tesoros. Suele ser el responsable de esas rinconeras, y hasta el feliz poseedor de un legítimo tornillo de la Edad de Hierro, o el que rescató de la hoguera una foto del abuelo de la abuela de mi abuelita... Para ese experto van también aquí mis aplausos, conste.

Si salimos de casa, ampliamos los horizontes, y llegamos a esta gran casa de todos que llamamos Patria, vemos que nos siguen los dos personajes; ¿qué digo?, ¡el de la limpieza se nos fue delante! Parece que ha sido tal su afán de arreglar la casa, que ha sacado de ella - probablemente sin darse cuenta- cosas tan fundamentales que todavía vamos topándonos con sus sombras por todas partes, y hasta parece que se quejan y ellas mismas preguntan: ¿dónde están que se fueron ellas y yo me quedé?

Por ejemplo: Hemos querido limpiar de tabúes la vida sexual, quitarle el ahogo, y de tal manera barrimos, que botamos de ella el amor, olvidándonos de que el sexo es su mejor lenguaje humano, y ahora pretender andar sexo y amor cada uno por su lado.

Hemos querido hacer al hombre digno, libre, seguro, y tiramos por la borda su horizonte infinito, y al mismo Creador de la dignidad, la libertad y la seguridad del género humano.

Hemos pretendido desterrar de casa esquemas familiares rígidos y deshumanizados con el afán de proteger la frescura y el calor de nuestros nidos; pero tiramos con ellos el valor insustituible de la familia cristiana; y ahora nos quejamos de que muchos jóvenes no quieren ni oír hablar de matrimonio.

Con tanto esmero se ha limpiado la podredumbre de la discriminación femenina, que quitamos hasta la diferencia entre hombre y mujer, y hoy, las defendidas clamamos, porque no aspiramos a ser iguales a los varones, sino a ser plenamente personas del sexo femenino, y ¡vivá la diferencia!

Hemos limpiado y defendido con tal fuerza nuestra identidad nacional, que en un afán de pureza, le hemos quitado ramas y raíces, corriendo el peligro de convertirla en un simple "bonsai" de propiedad personal.

¿Hemos?, me preguntarán ustedes, ¿no habíamos quedado en que al especialista en limpieza se le fue la mano? Pues sí: HEMOS. Creo que todos tenemos algo de responsabilidad. Responsabilidad que podemos llamar de distintas formas: Ingenuidad, ligereza, ingnorancia, comodidad, arribismo, conveniencia, apatía, resentimiento, cobardía... La medida puede ser mayor o menor; pero créanme, mientras no nos sintamos todos un poco culpables, y dejemos de señalar un único autor, seguirán a la intemperie los tesoros de la casa, y cada vez será más difícil restaurarlos. Hay que trabajar rápido, y tenemos que hacerlo entre todos. ¡Nadie está exento del equipo de recogida!

“CLARAS LUCES”

El domingo, 23 de febrero, en medio de un bien confeccionado y armónico programa cultural, se presentó -en el marco grandioso de la catedral de Santiago de Cuba- el primer número de la revista “CLARAS LUCES”, que edita la Comisión Diocesana para la Cultura en nuestra Arquidiócesis.

Como aparece en su PÓRTICO, la revista “*aspira a rendir tributo a la belleza, estimular lo bueno, dar culto a lo verdadero. Pretende ayudar, modestamente, a ‘ser más’, a ser mejores, a ‘supervivir irreversiblemente’*”.

Con mucha alegría damos la bienvenida a esta publicación hermana que atiende un área de la pastoral -la de la cultura- a la que nuestro BOLETÍN le dedica muy poco espacio. Felicidades al P. Jorge Catasús, su director, y a todos los que -con un cariño y una dedicación dignos del mayor elogio- han iniciado esta aventura editorial.

MISIONEROS GUADALUPANOS

Con toda razón los católicos de Palma Soriano pueden entonar con el salmo: “*El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres*”, y es que en este mes de marzo, dos Misioneros Guadalupanos -**P. Daniel Panduro y P. Oscar Mario Romero**- han iniciado su labor pastoral en esa parroquia.

Damos la bienvenida a estos jóvenes sacerdotes mexicanos que, llenos de entusiasmo y con el corazón a punto, vienen a vivir con todos nosotros la alegría de la fe, a compartir sus esperanzas y a caminar nuestros caminos.
¡Gracias por estar aquí!

RELEVOS

Los superiores de la Congregación de La Misión (Padres Paules) trasladaron a nuestro querido y admirado **P. José Angel Medina Pitti** de la comunidad de S. Francico a Ciudad Habana (Parroquia de la Merced). Para seguir con la estupenda labor pastoral realizada por él en los pocos meses que estuvo al frente de esa comunidad santiaguera, llegó el **P. Heriberto**

Vergara Parra, de la misma congregación, sacerdote colombiano con 5 años de experiencia apostólica en Cuba.

Gracias, P. José Angel, por las lecciones de coherencia que deja entre nosotros, gracias por insistir en aquello tan sabido -y con frecuencia tan olvidado- de que “*nadie puede decir que no sabe cómo ayudar al prójimo, o que no puede mejorar este mundo*”. Su trabajo en Baracoa y en Santiago de Cuba ha dejado huella; algún día el fruto despuntará.

Para el P. Heriberto nuestra fraterna bienvenida, y decirle que nos alegra tenerle en la Arquidiócesis, que contamos con él, con su juventud y su entusiasmo.

CONTRAMAESTRE Y SU PÁRROCO

El sacerdote diocesano más joven de la Arquidiócesis -P. Rafael Martos Nimer- pasará a residir en Contramaestre, para seguir su labor como párroco en ese municipio, sólo que ahora “a tiempo completo”, pues -como informamos más arriba- la parroquia de Palma Soriano queda bajo el cuidado de los Misioneros Guadalupanos.

¿Decirles que los católicos de Contramaestre están alegres? Si tienen ocasión de dialogar con cualquiera de ellos lo notarán enseguida. ¡Hacia tantos años que no tenían un párroco residente! Ahora andan ya multiplicando sus proyectos apostólicos, y con la sonrisa florecida.

¡¡ 24 de ENERO, 1998!!

Ya todos conocen -*podieron leer la noticia en el periódico GRANMA además de escucharla en los templos católicos*- que el Santo Padre estará con nosotros durante los días 21 al 25 de enero del próximo año. El día 24 llegará a Santiago de Cuba para coronar a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre y compartir con todos su cariño y sus enseñanzas. Como dice la nota de prensa de la Conferencia de Obispos Católicos “**Él desea venir a nosotros, y así lo esperamos, como MENSAJERO DE LA VERDAD Y LA ESPERANZA**”

Los preparativos van adelante, así como el entusiasmo de los miles de orientales que reconocen en el Papa al padre y pastor puesto por Cristo para dirigir su Iglesia.

Chebita Sánchez A.

LA SONRISA POSIBLE

Caminar por las calles de cualquier ciudad de Cuba, es como pasearse por el alma del pueblo, es ir descubriendo rostros que te enseñan el mundo interior, el estado de ánimo de nuestra gente.

Y es triste comprobar las pocas sonrisas que ahora una encuentra. Allí donde antes todo era jarana y buen humor, se multiplican los huraños y cabizbajos. Llevamos los mandíbulas apretadas y la frente arrugada; llevamos esculpidas sobre nosotros todas las señales de tantas preocupaciones como nos agobian.

¡Cuánto bien nos haría pasar por una cura de confianza en nosotros mismos! Necesitamos descubrirnos por dentro, descubrir el yo generoso que habita en cada uno, que no se puede dejar aplastar por más controles que quieran ponerle, que es único, irreplicable, porque es Dios mismo quien nos lo ha regalado, y El nunca anda por ahí copiándose a sí mismo a la hora de hacer un regalo.

Hay muchas cosas racionadas desde hace mucho tiempo, pero el pensamiento, el amor, la entrega son nuestros; y nadie puede estar atando al viento, o poniéndole marco a la luna.

En la historia de cada día, en el sol que nace cada mañana hay un canto de amor que entona todo lo que vive en este planeta. Las flores no dejan de dar color, el aire sigue no teniendo precio, el agua -aunque muchas veces tarde en llegar a las casas- siempre termina llegando...

Entonces, ¿por qué seguimos gastándonos estérilmente pensando en un futuro -a corto o largo plazo- del que no tenemos la llave?

No, no estamos solos en este planeta, ni solos ni olvidados; algo aplastados quizá, pero no derrotados. Aún nos quedan en el cuarto de desahogo muchas razones para la esperanza, para la alegría, para el amor.

A veces la tristeza se da de la mano con la soledad en la que muchos nos hemos atrincherado. Pensamos que nuestros problemas son los más graves, que son únicos. Desde hace un tiempo parece que hubiéramos olvidado el lenguaje del amor, y terminamos creyendonos que no hay salida, que estamos cogidos en una trampa gigantista. Pero no es cierto: mucha gente nos quiere. Y además está Dios que es más importante que toda la gente. ¿Por dónde ha penetrado esa idea absurda de que nos han dejado solos?

Una persona que se siente acompañada no se deja vencer por la tristeza, por la inseguridad o la desesperanza. Cuando intuimos que en el momento de la dificultad alguien nos cubre las espaldas, se nos hace más fácil luchar. ¡Y no estamos solos, amigos! Hay miles de almas al lado de la nuestra; hay millones de buenos deseos para que todo nos vaya mejor, hay gestos concretos de buena voluntad...

Nos queda además el recurso a la oración, y Dios -como bellamente nos dice el salmo- es experto en llenar almas vacías y en curar corazones desgarrados. Después de charlar amigablemente con El, es más fácil lograr que aflore la sonrisa, y hasta que la boca se nos llene de cantares.

Un consejo: Cada mañana, al levantarte, sonríete a tí mismo -a tí misma- y tu día será distinto. Reparte cariño con tu sonrisa, y entonces seguramente alguno se sentirá animado a florecer bellamente allí donde le toca florecer... Cuando muchos hayamos florecido, seguramente todo será distinto.

IGLESIA EN MARCHA

Boletín mensual del Arzobispado de Santiago de Cuba.

Director: H. Luis Franco Aguado fsc**Redacción:** Mons. Pedro Meurice - Mons. Higinio Seoane - M^a Caridad Campistroús - H^{ro}. Osvaldo Morales M. - Mercedes Ferrera Angelo - P. Rafael Angel López Silveró - P. Jorge Catasús - M^a Antonia Navarrete de Piñol - Chebita Sánchez Abillud - Carlos Lamas Roca - José Luis Martín Descalzo (+)**Maquetación:** Luis Franco A.**Fotografía:** Pedro Pablo Amador Cruz**Impresión:** Luis Manuel Robert